

FINESTRA D'OPORTUNITAT

por Víctor Solé, Carles Ferrés y Miquel Gil

“Hay que analizar los diferentes tipos de críticas que se hacen a la Unión Europea”



Entrevista al profesor Dr. Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat

Hace un día cálido, faltan pocos días para el inicio de la primavera y también empieza a notarse en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Los estudiantes entran y salen de clase, pasean por la facultad o se relajan en el bar o sobre el exuberante césped de este recinto construido en la década de 1950. Nos encontramos en un recinto con edificios vinculados a los principios de la arquitectura de De Stijl y Mies Van Der Rohe, un ejemplo de la arquitectura del Movimiento Moderno en Cataluña. En uno de estos edificios, el Ilerdense, de rasgos racionalistas y soviéticos, antiguo colegio mayor y residencia de estudiantes, ahora se dan clases y muchos profesores tienen sus despachos.

El catedrático Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat, doctor en Ciencia Política, nos recibe solícito en su despacho del edificio Ilerdense de la Facultad de Derecho de la UB. Ojos vivos tras gafas gramscianas, cordial y afable, nos recibe para que le podamos entrevistar a propósito del rechazo creciente hacia la Unión Europea, un hecho que ha analizado en su nuevo libro, *Euroescepticismo, Eurofobia y Eurocriticismo. Los Partidos radicales de la derecha y la izquierda ante la Unión Europea*, editado por Huygens. En Francia el Frente Nacional de los Le Pen ha salido victorioso en muchas localidades en las elecciones municipales, ganando incluso en primera vuelta en villas como Perpiñán,

sacudiendo al presidente François Hollande y al Partido Socialista, que gobiernan la república francesa desde 2012. Mientras tanto, las elecciones legislativas europeas de los cuatro días de mayo se acercan.

Euroescepticismo, eurocriticismo, eurofobia. Tres palabras que llevan el prefijo *euro*. ¿Qué significan? ¿Son sinónimos? ¿Quieren decir cosas diferentes? ¿Se parecen?

No son exactamente lo mismo. Decidí escribir este libro porque no estaba satisfecho del uso abusivo que se hace del término euroescepticismo. Se ha convertido en un comodín que sirve para todo y no acaba de explicar muchas cosas. Es un término omnicomprendivo, *catch-all*, como diríamos los politólogos, no matiza suficientemente. Además, desde el punto de vista académico no me gustó que en muchos artículos serios se hiciera una amalgama de las derechas e izquierdas radicales en bloque, sin distinción alguna. Es decir, parece que sólo haya una vía correcta para construir Europa y todo lo que se aparta de la vía oficial es antieuropeo. Me rebelo contra este tópico, hay que analizar los diferentes tipos de críticas que se hacen a la Unión Europea. Nos podríamos preguntar: ¿también hay euroescepticismo o eurofobia en la izquierda radical? No lo niego, es verdad que el rechazo a Europa es transversal, pero en general las actitudes más hostiles hacia la integración europea están protagonizadas por partidos de la derecha radical. Algunos de estos, por pragmatismo, no defienden la salida de su país de Europa, pero sí la reconversión de la Unión en una entidad meramente económica. Mientras tanto, en algún sector de la izquierda radical, en particular en el comunismo más ortodoxo –como serían partidos comunistas de Grecia, Portugal o República Checa–, podemos ver también rechazo a la integración política europea.

Un euroescéptico es aquel que podría aceptar una coordinación económica intergubernamental pero estaría en contra de una integración política supranacional. Por otra parte, un eurófobo está radicalmente en contra de cualquier tipo de cooperación europea, incluso la económica: es el defensor más acérrimo de la vieja doctrina de la soberanía nacional, del aislamiento nacional, proteccionista, antiglobalización desde punto de vista más conservador, el retorno a un mundo pasado. Finalmente, un eurocrítico quiere más Europa pero está en contra de la *actual* Unión Europea, tal como funciona, como se está haciendo. En este último concepto yo incluiría la mayor parte de todo lo que se engloba dentro de la izquierda radical, que defiende construir Europa de otra manera. De hecho creo que no es una buena idea clasificar partidos como Die Linke (Alemania), Syriza (Grecia), Bloco de Esquada (Portugal) o Izquierda Unida (España) como partidos

euroescépticos: no cuadra porque son partidos que quieren más Europa. Euroescepticismo es un término negativo y no es una etiqueta adecuada para especificar el tipo de crítica que hacen estos partidos, que quieren una Europa no neoliberal y que corrija su actual déficit democrático. En resumen, el euroescepticismo es una actitud negativa, mientras que la eurocriticismo quiere más Europa, lo que quiere decir, por tanto, que no puede ser sinónimo del primero. Escribí el libro *Euroescepticismos...* para distinguir los diferentes tipos de oposición: alguna es ferozmente negativa, otra es constructiva.

Entonces, ¿dónde ponemos a la eurodiputada Marine Le Pen, hija del también eurodiputado Jean- Marie Le Pen y líder del partido francés de ultraderecha Frente Nacional, que critica Europa desde las instituciones europeas? Hace poco afirmó por televisión que Francia, cofundadora de todo el proceso de integración europea desde la década de 1950, debería abandonar el euro, el marco principal de la mayoría de los miembros de la Unión...

Yo situo el Frente Nacional francés cada vez más en el campo de la eurofobia. El FN había sido un partido claramente euroescéptico porque formalmente no pedía que Francia abandonara la Unión Europea, pero los últimos discursos tanto de Marine como de Jean-Marie Le Pen son cada vez más eurófobos: comparan la Unión Europea con la Unión Soviética, consideran que es un nuevo imperialismo que ahoga las patrias y diluye las identidades nacionales y la ven como una entidad artificial, burocrática y elitista, al servicio de los poderosos, de los que hay que salir para salvarse. Una actitud claramente eurófoba porque nunca explica el precio de la no-Europa. La Unión Europea tiene muchos defectos pero destruirla sería un paso atrás monumental, una catástrofe histórica. Los eurófobos nunca proporcionan una respuesta: si abandonamos la Unión, ¿qué pasará después? ¿Debemos volver a las viejas patrias como si estuviésemos otra vez antes de 1945? Es un escenario inverosímil y peligroso. Resumiendo, yo situaría la mayor parte de la derecha radical en el campo de la eurofobia.

La política está llena de paradojas. ¿Podríamos decir que Marine Le Pen, que trabaja en y cobra de las instituciones europeas, pero que a la vez se alía con el Partido de la Libertad y la Democracia holandés de Geert Wilders y con la Liga Norte italiana, es "europeísta" a su manera, sin quererlo inclusive? ¿O es simple y llanamente euroescéptica o eurófoba? Al fin y al cabo, critica la Unión desde dentro, utilizando los mecanismos que ofrece la propia Unión...

Estos partidos se benefician de las instituciones europeas a pesar de estar en contra de ellas. Están haciendo de submarinos de la desintegración, aprovechándose de los beneficios que tiene y provee

la Unión Europea: porque no hay control transfronterizo, porque tienen privilegios como europarlamentarios, etcétera. Hacen uso de una política manipuladora, de destrucción de las instituciones europeas desde su interior, una política populista, demagógica, de denuncia, tribunicia, mientras cobran de las instituciones europeas. Aquí radica la paradoja.

La extrema derecha saldrá fortalecida tras las elecciones legislativas europeas de mayo y participará en una institución que odia, el Parlamento Europeo: ¡otra paradoja!

¿Cómo deberíamos clasificar uno de los otros partidos euroescépticos más importantes, el UKIP británico? ¿Tiende a aliarse con otras formaciones, como el FN o la LN?

El UKIP, el Partido por la Independencia del Reino Unido, es claramente de derecha radical, pero no es neofascista. La compañía de Marine Le Pen no les interesa. El UKIP es el partido que más lejos está en cuanto al rechazo a la Unión Europea: es aislacionista y muy nacionalista británico, inglés, con el objetivo monotemático de sacar el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte de la Unión Europea. De hecho, el UKIP nació con ese único objetivo. Luego añadió el tema de la inmigración, utilizando la xenofobia para conseguir dividendos electorales. Es un partido de derecha radical y la xenofobia da votos. Las dos grandes patas del UKIP, por tanto, son la eurofobia y la xenofobia. Sin embargo, para Nigel Farage, su líder, una alianza con Marine Le Pen le resulta algo incómoda, ya que es un hecho que en el Reino Unido sería muy mal visto. Aunque se podría identificar personalmente con ella, políticamente a Nigel Farage no le conviene demasiado ya que el UKIP no puede identificarse con la trayectoria histórica de la FN de Le Pen. De hecho, desde el punto de vista procedimental, el UKIP es un partido democrático, no insurreccional, no defiende romper la legalidad, acepta los resultados electorales, se compromete con las instituciones... Es un punto de vista procedimental que no choca con su objetivo fundamental de sacar el Reino Unido de la Unión Europea, un hecho que se puede defender democráticamente aunque yo no esté de acuerdo.

Otra cosa es el British National Party, el cual estuvo involucrado en episodios violentos. Este partido como tal no ha sido disuelto pero algunos de sus líderes han acabado ante los tribunales, un hecho que no ha vivido el UKIP, que no es violento.

Ha comentado que en las próximas elecciones de mayo el euroescepticismo o eurocriticismo saldrán fortalecidos. ¿Cuáles cree que son las críticas que se le han de hacer a la Unión Europea?

Aunque el bloque central volverá a ganar, que es aquel que está formado por populares, socialistas y liberales, y tendrán una mayoría cómoda, los tres perderán por el hecho de que la extrema

derecha e izquierda radical tendrán un buen resultado: visto desde perspectivas diferentes, es un síntoma que hace ver que hay algo que no va bien. La UE tiene un triple reto que no está para nada bien enfocando: un reto político, económico y cultural. Empezando por la parte económica, se ha demostrado que las políticas neoliberales a ultranza no dan más de sí, sino que son una catástrofe y de momento no hay manera de rectificarlas.

En cuanto a la arquitectura política de la Unión, hay que decir que es absurda, disfuncional, muy poco democrática, necesitada de una profunda reforma. Una reforma no para hacer de la Unión un Estado –que ya me gustaría, pero es prematuro– pero sí para establecer una división de poderes más clara. La gente no sabe qué poderes tienen el Parlamento, la Comisión, el Consejo, qué poderes tiene el Tribunal de Justicia de Luxemburgo, todo es muy confuso porque hay una gran mezcla. Se debería dar paso a una división de poderes que se parezca a la de un Estado, sin necesidad de que sea igual. Cuanto más se parezca la arquitectura europea a la de un Estado, más comprensible resultará para el electorado. Este es el reto: democratizar la Unión Europea.

Pero es que hay una tercera pata, la cultural, la identitaria. Entre los europeos no nos percibimos como un solo pueblo, no hay conciencia de un "demos" europeo. Mientras estemos compartimentados en 28 Estados, y dentro de los Estados haya diferentes naciones que no se encuentren cómodas, el panorama es complicado. Si cuando hablamos de ir a Francia, hablamos de ir al extranjero, significa que no hemos avanzado ni un milímetro. Existe algo que se llama *ciudadanía europea* pero nadie sabe bien qué es. Aprovechemos este concepto, fortalezcámoslo, involucremos más a la sociedad civil. La construcción europea se está haciendo desde arriba, es una negociación entre élites y tecnócratas muy opaca que demuestra que la clase política europea no aprende. Y luego se sorprenden de que la gente diga No en algunos referendos. ¡Naturalmente! Sólo nos dejan el mecanismo del referéndum para protestar. Aunque puedes hacer una reforma de los tratados –y el Tratado Constitucional era bastante bueno desde el punto de vista de la supranacionalidad, aunque tenía un corte neoliberal criticable–, franceses y holandeses lo rechazaron. ¡Naturalmente! Y se podía pensar que era un avance respecto a lo que se tenía hasta el momento. Sí, lo era, pero hubo una crítica al proceso que se estaba siguiendo: ¡así no!

Que en los últimos 10 o 15 años la gente diga "No" en los referendos es todo un síntoma, indica un cansancio, una protesta, de que así no se construye Europa. Debemos crear una conciencia europea. Las elecciones no deben ser la suma de 28 elecciones, deberían ser paneuropeas. Esta vez ya tenemos candidatos a presidir la Comisión Europea. Yo daría un paso más: crear listas electorales transnacionales y auténticamente europeas, o al menos que haya una cuota de estas

características. Esto generaría una visión de elecciones generales. Hasta ahora, en las elecciones europeas casi nadie sabe quién ha ganado a nivel europeo, sólo nos preocupamos de quién ha ganado en casa pero los resultados europeos son poco conocidos o no interesan, son de segundo orden. Mientras la ciudadanía no se involucre en el proyecto, la construcción de Europa no podrá avanzar.

¿En España tenemos partidos eurofóbicos o euroescépticos?

Partidos eurofóbicos como tal, no. Hay un sector euroescéptico dentro del PP, el sector más nacionalista, pero como es obediente y pragmático hará lo que diga el aparato. Sin embargo recuerdo que durante la campaña del Referéndum de la Constitución Europea de 2005, el sector más derechista aconsejó no ir a votar o votar "No". Por ejemplo, Jiménez Lo Santos clamó desde la COPE por el "No". Los ultras españoles están en su mayoría en el PP, que como partido catch-all engloba mucho espacio de la derecha. Ahora tenemos VOX pero aún no se han presentado a las elecciones y pienso que tendrán un resultado muy modesto. El caso español es cada vez más atípico como Estado grande, entendido en dimensiones, ya que no tiene de momento partidos eurófobos o euroescépticos. Hay sectores de estas características pero están poco articulados. Hay un espacio para partidos de derecha radical eurófobos, pero todavía no ha surgido ninguna.

En cuanto a la izquierda, algunos analistas europeos e internacionales han considerado varias veces que algunas actuaciones de IU de la época de Julio Anguita pueden considerarse euroescépticas, pero pienso que no tienen razón. A pesar de que Anguita fue muy duro con el Tratado de Maastricht, también reconocía que fuera de la UE no habría solución. Simplemente defendía otra política económica, más democrática. Si dices que quieres más integración para Europa eres eurocrítico, no euroescéptico, porque quieres más Europa. Colgar el cartel de euroescéptico a una eurocrítico es poco esclarecedor. Si bien IU hace muchas críticas –y hace bien, ya que hay muchas cosas criticables– no lo hace ni desde el escepticismo ni desde la eurofobia.

Como ha mencionado, recientemente ha aparecido VOX, que se sitúa en el lado derecho del PP. Por la izquierda ha surgido Podemos, liderado por el politólogo y tertuliano Pablo Iglesias. ¿Cómo podemos definirlos con respecto a su postura hacia Europa? ¿Son ambos eurocríticos?

Insisto que una cosa es criticar la UE y otra es rechazar la integración. Yo creo que Podemos no rechaza la integración en Europa. En el caso de VOX, creo que formalmente no defiende la salida de España de la UE, ya que es un paso muy radical y muy difícil de defender. De momento no tenemos un partido que defienda salir. Cabe decir que VOX tiene una actitud mucho más euroescéptica que

Podemos, que quiere más Europa, más democrática. VOX reivindica la soberanía nacional española: puede aceptar un espacio de cooperación económica dentro del mundo globalizado, ya que la UE es un paraguas que nos defiende bastante bien, pero de cesiones de soberanía no quiere oír hablar, como hemos visto en el caso de Ceuta y Melilla.

¿Y en Cataluña cómo lo tenemos?

Plataforma per Catalunya (PxC), el partido de extrema derecha que tenemos en Cataluña, es claramente euroescéptico y eurófobo. Sus amigos europeos son eurofóbicos: tiene magníficas relaciones con Wilders, Le Pen o la Lega Nord. En la otra punta del espectro político hay la CUP, que pienso que es eurocrítica, ya que hace unas críticas durísimas a la UE, pero que no estoy muy seguro de que estaría de acuerdo con salir de la UE. Si bien no lo puedo garantizar, creo que la CUP sería favorable a una transformación radical de la UE actual. Situaría la CUP bastante cerca de Syriza.

El resto de partidos son afines al establishment, quizá con matices en el caso de ICV, que se ha distanciado más, y de ERC, partidos ambos que votaron "No" a la Constitución Europea. CIU y PSC, que votaron a favor, son, en cambio, muy favorables al status quo, con alguna crítica menor. Yo establecería tres niveles: unos partidos pro establishment (CIU y PSC), un sector de crítica moderada (ICV y ERC) y un sector de crítica muy radical, pero muy diferente, que serían PxC y la CUP.

Finalmente, ¿es optimista o pesimista respecto al futuro de la Unión?

Yo creo ser realista pero no soy muy optimista. A corto plazo me temo que no cambiarán mucho las políticas que se están llevando a cabo. Se moderará un poco la política de austeridad, la integración bancaria en la línea de suavizar estas medidas tan radicales, pero tardaremos aún a ver una auténtica unión fiscal.

Desde el punto de vista político también tardaremos en ver una UE más democrática: por ahora se está desarrollando una política de pequeños pasos. Ahora hay el paso de elegir candidatos a la Presidencia de la Comisión. En este hecho el Tratado de Lisboa tiene una formulación muy ambigua, ya que dice que el Consejo tomará nota del resultado electoral a la hora de proponer un presidente de la Comisión. Es decir, imaginemos que los populares ganan las elecciones, ¿Jean-Paul Juncker será el nuevo presidente? O si ganan los socialistas, ¿será Martin Schultz el nuevo presidente? Yo no pondría la mano en el fuego. En principio sí, pero quién sabe... No sería imposible que, para demostrar quién manda, el Consejo propusiera otro nombre, ya que la UE sigue siendo un club de

Estados donde los Consejos Europeo y de Ministros tienen muchas veces más poder que la Comisión y el Parlamento. Creo que el Consejo Europeo tendrá la decisión final.

A nivel cultural no veo tampoco ningún tipo de avance. No ha habido esfuerzo para crear una esfera pública europea. Ahora, con la campaña electoral, sería una buena oportunidad para promover una coordinación entre partidos y medios de comunicación para crear una mínima conciencia europea y evitar que las campañas sean a nivel de los Estados. Se han hecho pequeños pasos, pero se avanza poco a poco. Mi pronóstico es que habrá una suavización moderada del dogmatismo económico, una mejora en los instrumentos de las instituciones democráticas y tal vez, si los medios de comunicación quieren –El País, Le Monde, The Independent, La Repubblica, el Frankfurt Allgemeine Zeitung, la Gazeta Wyborcza de Polonia, por poner algunos ejemplos–, se podría hacer una política de concienciación paneuropea más grande de la que tenemos ahora.